

ct

Tour de force

de
Nando López

(fragmento)

Segundo asalto. *Los guantes**Madrid, 1920-1924*

PÚGIL

Vamos fuera, tengo que hablar contigo.

Así se lo dije, sin más preámbulos. ¿Para qué? La amistad debe ser directa. Igual que un buen rechazazo. El tacto es una forma de hipocresía. Una mentira más. Pero la amistad tiene que ir al grano. Sin tanto rodeo, coño.

Vamos fuera, te digo.

Y el poeta, de mala gana, me siguió. Supongo que sabía lo que quería decirle, porque hacía tiempo que lo venía pensando. Era un rumor insistente en aquella Residencia donde los estudiantes nos juramos que no habría lugar para secretos ni mentiras. Pero la vida sin mentiras no es posible. La verdad puede arruinarlo todo, así que nos mentimos, nos mentimos todos y muy a menudo, o -al menos- escogemos las cosas que callamos. La verdad que omitimos. Y decimos solo lo que nos interesa para no hacernos daño. O para hacernos todo el daño del mundo. Eso depende... A mí conocer su verdad no me ayudó mucho. Quizá aquella noche debí haberme guardado los guantes. Haber anulado el combate. Pero yo necesitaba cerciorarme. Ahora ya no podía seguir mirando hacia otro lado. Ahora necesitaba decidir si el rumor –cada vez más fuerte- tenía algo de verdad.

Me lo había contado no sé quién, otro chico de la residencia y yo casi le partí la cara cuando me lo insinuó. No porque yo no intuyera que era cierto, sino porque no quería que dijera esa mierda de mi amigo. El poeta, a pesar de todo, era mi amigo, y por eso necesitaba oírlo de su boca. Porque los amigos se cuentan esas cosas. Se cuentan si se la cascaban de niños delante de una virgen o si preferían imaginarse un san Sebastián desnudo y cargado de flechas.

A mí los san Sebastianes siempre me dieron algo de asco. Tal vez incluso algo de pudor. Los latigazos y las flechas los prefiero en un cuerpo blanco y desnudo de mujer. En una espalda hermosa y femenina. Esa mujer podría llamarse *belle de jour*, y se entregará al placer en una doble vida, prostituyéndose... Pero no me salen los versos para contar esas historias. Ni las estrofas. Eso no se puede contar de esa manera. Por eso odio a los que sí han encontrado su lenguaje. Porque yo sigo a vueltas con el mío. Y por eso no soporto el talento del poeta, aunque necesite su ayuda para llegar a definirme y entender que la poesía no son solo palabras.

Aquí, siéntate.

No lo hizo. Se quedó de pie y me miró como si fuera mi verdugo. Todo en él era ira. La postura. El gesto. La mirada. Si hubiera podido, me habría hecho fulminar allí mismo. Pero el fuerte era yo. Y sigo siendo yo.

Me han dicho que eres maricón, ¿es verdad eso?

Supongo que esperaba mi pregunta y, cuando lancé el golpe, él ni siquiera se inmutó. No dijo nada. Creo que me miró con algo de desprecio y se tragó, si la hubo, la rabia. Y la saliva. Yo le aguanté el reto. Me gustan esas situaciones. Me divierten los desafíos. La cuerda floja. La adrenalina que nos hace sentir vivos cuando estamos al límite. Aunque lo que se tensara allí fuera una amistad que me importaba mucho más de lo que me hubiera gustado admitir. Somos jóvenes, poeta. Muy jóvenes, así que dime la verdad ahora y deja que los demás sigan con sus rumores. A mí no me importa que prefieras sebastianes a vírgenes. A mí lo que me importa (¿qué coño es?) es la verdad.

Tú y yo hemos terminado. Y para siempre.

Fue su única respuesta. Y lo dijo con un deje trágico que me congeló. Como los héroes de su teatro. Igual que la futura Bernarda. *Tú y yo hemos terminado*. Y el *para siempre* sonó a destino y a fatum y a Sófocles y a todo Occidente y su cultura desplomándose sobre mí a la vez. No supe devolverle aquel golpe y me sentí caer sobre la lona. Derrumbado. Un KO en un asalto que, para colmo, había empezado yo. No podía permitirlo. No podía terminar así lo único que me estaba construyendo más allá de las noches y del vino. Más allá del Madrid de los burdeles y de las juergas. No podía dejar escapar a aquel tipo que me daba ideas. Que me sugería cosas. Que me llamaba cateto y provinciano, bruto e imbécil sin insultarme, porque su intención jamás fue hacerme daño. Solo quería pulirme. Quitarme el aire de pueblo cerrado y darme inquietudes de ciudad. De artista. De ese jodido artista que yo no veía en mí.

Tú eres maricón, ¿no? Dilo. Dímelo de una vez y dejemos que ese fantasma se muera aquí y ahora. Porque al menos tú sí eres poeta. Tú sí eres dramaturgo. Tú sí eres, joder. Tú sí. Y yo sigo buscando alguna forma de decir esto que necesito contar. Esta maldita ética de la rebeldía que no puedo contagiar si no hallo el cómo. Seamos rebeldes. Seamos delincuentes. Seamos amorales, poeta. Pero seamos todo eso en un código cerrado. Un código humano y humanitario. ¿En ese código caben los perversos? Siento asco. Lo sé, poeta, sé que no quieres que te lo diga, pero no voy a mentirte en algo así. Olvidemos eso y busquemos un código. Uno para los olvidados. Para los ajenos. Para los desprovistos. La versión agnóstica del Testamento. Eso es. ¡El evangelio surrealista! Pero es que eso a mí solo no me sale. A mí no me sucede esa suerte que tú llamas musa o inspiración. O como llames al chulo con el que fantaseas todas las noches. Eres maricón, dilo. Dímelo, joder. Igual que se lo dices al pintor. Al apocado de nuestro amigo el pintor.

Desde ese día no me quité los guantes nunca más. A ratos sí, claro. A veces el poeta y yo descansábamos y nos reconciliábamos. A veces nos odiábamos como animales, pero era lo mismo. La amistad tiene esos altibajos. Igual que su arte y mis opiniones. Como aquella vez, cuando se empeñó en leernos esa obra. Con ese título. *Perlimplín*. Otra mariconada. *Don Perlimplín*. Él acababa de regresar de Nueva York y venía muy crecido. Lleno de ego. Era el más moderno de todos nosotros. El más cosmopolita. Porque había estado en la ciudad de los rascacielos. En la meca de no sé qué sueños donde había escrito teatro y algo de poesía. Nos reunió al pintor y a mí y nos declamó su texto. Una obra que al pintor le pareció genial y que a mí, sinceramente, me pareció una mierda. Y se lo dije: *Poeta, eso es malísimo*.

Te lo parece a ti, que eres un bruto. Un bruto y un cateto.

Fue igual que la noche de aquel primer combate. La misma mirada. El mismo gesto. La misma ira. Y luego, unas veladas después, la reconciliación. Ficticia y breve, pero suficiente para seguir hablándonos, aunque la mirada nunca fuese la misma y la verdad se hiciera cada vez un poco más huidiza. Entretanto, él seguía intentando meterse en la cama del pintor, pero ni el pintor quería ni el poeta remataba, así que yo dejé que jugaran su particular juego sin inmiscuirme. Bastante tenía yo con seguir combatiendo conmigo mismo.

Pero las cosas no fueron a mejor, porque las amistades, cuando se pudren, no tienen vuelta atrás. Son como las manos infectadas de hormigas. Como las piernas amputadas. Como los mendigos que asaltan las casas y se adueñan de la vida de sus señores. Ninguna de esas imágenes tiene camino de regreso. Tampoco la amistad.